



La poesía corsa más allá de las lenguas

No es frecuente plantearse la existencia de una literatura corsa al margen de la lengua en que se expresa. En el panorama de la literatura francesa, a menudo se pone en duda la de aquella otra literatura con rasgos de expresión particulares. Por otra parte, y a tenor del prestigio que tradicionalmente ha tenido la literatura en la lengua nacional francesa, las dificultades de una literatura tan joven como la corsa, nacida después de que la isla viera desaparecer el italiano como lengua literaria a lo largo del siglo XIX, son inmensas.

Al mismo tiempo que se imponía a los literatos corsos como una necesidad, nuestra literatura isleña, hasta entonces meramente oral y dominada por la poesía, ha debido superar durante los últimos ciento cincuenta años todas las dificultades vinculadas con la elaboración de una lengua literaria escrita, la cuestión de la continuidad o la ruptura con la tradición popular, y finalmente la puesta en marcha progresiva de los instrumentos lingüísticos, didácticos e institucionales indispensables a la producción escrita (ayudas a la creación, ediciones, difusión, etc.).

Todavía no hace mucho que se dan las condiciones que permiten la creación literaria en el marco de una literatura dirigida a una población de apenas 150.000 hablantes virtuales, de los que sólo las generaciones más jóvenes mantienen cierta relación con el texto escrito a través de la escolarización. De ahí que el número tanto de escritores como de potenciales lectores sea tan limitado y provenga, sobre todo, de los corsoparlantes más jóvenes, que son los alfabetizados y que hoy significan el vivero de futuros autores y lectores de nuestra literatura. Una literatura que nada tienen que ver con los destinatarios de una literatura como la francesa o la española, ni tampoco con el de literatura minorizadas como la vasca o la catalana, que gozan de un estatuto de cooficialidad y hace tiempo ya que ha superado las dificultades de una fragmentación dialectal, gracias a un idioma unificado –batua- y estandarizado merced a la situación de bilingüismo que atañe a todos los niveles, desde el familiar al de los medios de comunicación social pasando por la escuela.

Son bastantes los progresos alcanzados, tanto en el reconocimiento de sus lenguas regionales como en su enseñanza, desde que Francia ha venido abandonando su tradicional hostilidad hacia las lenguas indígenas y de las de aquellas regiones conquistadas hace siglos –vasco, catalán, alsaciano, corso, pero aún está muy lejos de otorgarles su reconocimiento legal con vistas a una futura cooficialidad como la que se conoce en las instituciones españolas.

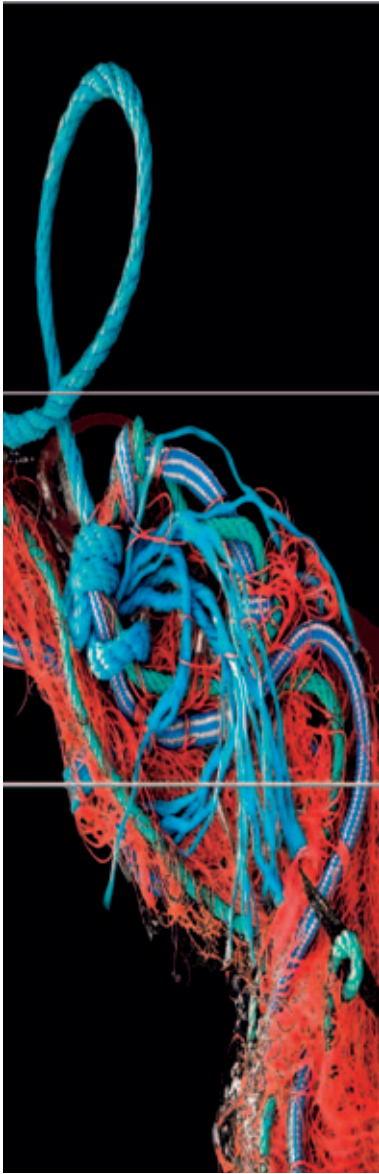
Obviamente, para un autor perteneciente a una cultura mixta, el contexto institucional es un factor decisivo a la hora de elegir la lengua de su obra. Algunos dirán que es la lengua, la que elige al autor, movido por una necesidad interior. En cierta medida, no cabe duda de que sea así y hasta se conocen poetas divididos entre las dos lenguas de creación en otras culturas bilingües, como es el caso del catalán Pere Gimferrer, o incluso escritores venidos de un idioma de gran o pequeña difusión hacia otro y que a

veces han podido llevar a cabo su obra en dos lenguas con éxito: es el caso del ruso Nabokov o del irlandés Becket. Además para los que no pasan de una lengua materna a una extranjera, entrar en literatura siempre es inventar un lenguaje propio, una nueva lengua, adosar una construcción lingüística individual a otra colectiva, momentáneamente dada por extraña en el curso del proceso creativo, por no decir extranjera, en el sentido que le daba el poeta bretón de expresión francesa, Guillevic. Esta elección, evidente cuando se refiere a una lengua verdaderamente extranjera y que constituye una ruptura, es más delicada para los autores repartidos entre dos lenguas, que eligen la menos prestigiosa y asumen el riesgo de marginalidad.

Por lo que se refiere a nuestra producción, podemos hablar de poetas que han elegido la lengua corsa, en un contexto lingüístico aún en vía de equipamiento y elaboración (gramática, normas ortográficas, tratamiento de variedades microrregionales). Es decir, en una situación un poco similar a la de los escritores vascos o catalanes de los años 70, que no habían podido aprender su lengua fuera del contexto familiar, los escritores corsos de nuestra selección – *Ghjacumu Fusina*, *Ghjacumu Thiers*, *Patrizia Gattaceca*, *Alanu Di Meglio* y *Pasquale Ottavi* nacidos entre 1940 y 1959 – participaron en la elaboración de las herramientas necesarias, trabajo que aún se está haciendo. Supone un esfuerzo y una elección militante. En cambio, tratándose de los poetas corsos de expresión francesa cuya competencia lingüística en corso es o activa y oral – *Marie-Paule Lavezzi* – o pasiva y limitada – *Juan-Louis Giovannoni*, *Marcel Migozzi*, *Jacques Lovichi*, *Marie-Ange Sebasti*, todos nacidos entre 1935 y 1950 –, no se puede hablar de elección: pues para estos autores escribir en corso hubiera supuesto un esfuerzo de aprendizaje muy importante y poco factible, al menos para los que viven fuera, y se encuentran esparcidos e integrados en el mundo literario de lengua francesa.

Nuestra selección descarta incluir a las últimas generaciones de escritores, a fin de mostrar mejor, comparativamente, los puentes entre estas dos categorías de escritores que, o tenues, o subterráneamente más sólidos de lo que se podía imaginar, han ido construyéndose y no se repiten de la misma manera en los escritores posteriores. De hecho, nuestros cinco poetas corsos de lengua francesa nos parecen especialmente representativos de un *entredós*, entre dos tierras, dos lenguas, dos culturas y entre dos contextos lingüísticos muy distintos que no plantean la elección del idioma de creación en los mismos términos. Nacidos fuera de la isla entre 1935 y 1950 en unas fechas en las que la emigración se extiende masivamente a todas las capas de la sociedad corsa, comparten numerosas características con las primeras generaciones de niños de inmigrantes de otras naciones divididos entre dos identidades, aunque gozan de la nacionalidad francesa. Para sus padres nacidos en el primer tercio del siglo pasado, el corso es aún la lengua maternal dominante de comunicación intergeneracional. Será cada vez menos el caso para las generaciones sucesivas, tendencia que la política actual en la isla intenta invertir. Pero entonces, el francés ya se había instalado de modo duradero, extendiéndose a todas las esferas de las relaciones públicas entre la administración y el ciudadano, y era la única lengua hablada en el colegio. En tal contexto, la transmisión del corso o se llevaba a cabo sin esfuerzo, por contacto, o se perdía. La generación de los





padres de nuestros escritores se sentían orgullosos de hablar el francés y lo consideraban como la única lengua útil a la promoción social de sus hijos. Como colofón, la percepción del hecho literario, íntimamente vinculado a las obras impresas, no tomaba realmente en serio la tradición oral cuyos dos componentes – el canto, improvisado o no, y el cuento – son consideradas como manifestaciones meramente populares. En aquellos años, el regreso veraniego a la tierra no juega siempre a favor de la lengua, sino que acentúa la distancia entre los que se quedaron en la isla y las generaciones de los emigrados. Aunque los poetas contemplados aquí dicen comprender más o menos el corso – algunos en parte ayudados por el aprendizaje del idioma más cercano, el italiano –, la ruptura lingüística se pone de manifiesto. Estos autores, que reivindican su pertenencia a la isla, asistieron a la aparición de los movimientos reivindicativos de los años setenta, sin adoptar un planteamiento de reapropiación lingüística, por difícil e casi ilusorio cuando se vive fuera, sobre todo tratándose de convertirse en escritor. No obstante el caso de *Marie-Paule Lavezzi* debe distinguirse. Es la única de estos cinco autores en hablar corso y vivir toda su infancia y su adolescencia en la isla, sin embargo la percepción de su lengua materna no es fundamentalmente distinta de la de los otros autores, ya que sólo en francés se imagina poeta. No sería el caso, quizá, de *Lovichi* o *Sebasti*, cuya poesía deja imaginar que si hubieran tenido la posibilidad, habrían hecho al menos una incursión en la creación literaria en lengua corsa. En cuanto a *Juan-Louis Giovannoni*, mitad sardo, mitad corso, y cuyos vínculos físicos con Córcega han ido deshaciéndose, su poesía, como en un efecto de balancín, anuncia, quizá de manera más potente que los demás, su corsitud, sin necesidad de izar la bandera como lo hacen *Marie-Ange Sebasti*, o con menos frecuencia *Jacques Lovichi* y *Marcel Migozzi*.

¿Cómo se distinguen de los autores de lengua corsa de nuestra selección, sus contemporáneos, todos representativos a varios niveles? Nacidos en Córcega, no son resultantes de la diáspora, excepto *Alanu Di Meglio*, y la transmisión de la lengua corsa se operó en su contexto familiar y social, no escolar, pero suficientemente rico en experiencias lingüísticas y culturales como para impulsarlos a convertirse en protagonistas potentes del *Riacquistu* (“Renacimiento cultural”). La representación del corso como lengua literaria no se afianza en su vida de alumnos, ni incluso de estudiantes. Es objeto de una toma de conciencia ligada a los movimientos reivindicativos, por no decir nacionalistas, nacidos en los años 70. El mayor de ellos, *Ghjacumu Fusina*, que comienza a escribir en francés cuando vive en París, continúa una obra en paralelo en francés y en corso, que en ocasiones traduce a francés. La escritura bilingüe, que comparte con otro gran poeta de su generación, *Ghjacumu Biancarelli*, permite imaginar la complejidad de una relación con la lengua que Claude Esteban, de padre vasconavarro, describió en “*La herencia de las palabras*”. *Ghjacumu Thiers* cuya escritura prolija de dramaturgo, novelista, escritor lírico y poeta, se desarrolla en corso, también se aventuró en la creación literaria de lengua francesa con un montaje narrativo basado en los archivos del afrancesamiento de Córcega: *Las calabazas, el inspector y la salamanesca* (1994). En cambio, los más jóvenes de nuestra selección, *Di Meglio*, *Ottavi*, autores de poemas y cuentos, *Gattaceca*, poeta y cantante, sólo escriben en corso y representan una nueva etapa para la literatura isleña.



Todos son profesores y militantes de la lengua – ¿acaso su escritura huye de esta dimensión? –, hicieron elección de la isla, aunque cada uno ha vivido algunos años en el Continente, al menos para cursar estudios superiores, en unas fechas en la que la Universidad de Corti aún sólo era un proyecto. Como la del País vasco o de Galicia, la historia de nuestra isla está marcada por la emigración, hacia Francia, el continente europeo, pero también hacia otros parajes más lejanos como Hispanoamérica o África. La isla nunca ha sido hermética. Los corsos se exilian, vuelven y, de este vaivén, nace una relación con el mundo que explica que no se pueda aludir a los escritores de lengua corsa sin relacionarlos con la cultura francesa, ni a los que han nacidos en el Continente a escritores de lengua francesa como los otros. Todos de la misma forma llevan la marca de los movimientos literarios venidos del continente, a la vez que un lugar poético fundador y una experiencia existencial específica, herencia de la cultura de los que se exiliaron.

Si las relaciones que unen a los isleños son estrechas – son compañeros, amigos, comparten antologías u obras colectivas –, rara vez pasa lo mismo entre poetas corsos de lengua francesa, por razones geográficas y porque se funden en un conjunto más extenso, el de los poetas franceses: *Migozzi* y *Lovichì*, antiguos camaradas, son de la misma generación y ambos viven en Provenza, pero no saben nada de *Marie-Ange Sebasti* y muy poco de *Marie-Paule Lavezzi*, ambas procedentes de Sartè y de la misma generación, y las únicas que publican en Córcega. En cuanto a *Jean-Louis Giovannoni*, el único de estos cinco autores que vive en la capital gala, alejado de Córcega desde su juventud, la casualidad no lo acercó a otros poetas, y lo que conoce de la obra de *Lovichì* o *Migozzi*, nada tiene que ver con su origen común. Los puentes que existen entre los dos grupos son aún más tenues y sólo afectan a los mayores: *Lovichì* compartió una aventura literaria con *Ghjacumu Thiers* y *Ghjacumu Fusina* con motivo de *Defensa de una isla*, una publicación de 1992, pero los vínculos se han dilatado, hasta la publicación de los poemas de *Thiers* en francés. *Marie-Paule Lavezzi*, se codea con los poetas franceses durante sus años de estudios, el grupo de la revista *Sur* de Marsella, alrededor de *Yves Broussard* y de *Jacques Lovichì*, pero de vuelta a Córcega en 1984 con motivo de su traslado a un instituto de Aiacciu, publica después sus poemas únicamente en la editorial *La Marge* (Aiacciu) y pierde casi todo tipo de vínculo con los poetas del continente sin, por ello, entrar en relación con otros poetas de la isla. En cuanto al conocimiento mutuo de las obras en cada una de las lenguas, también es tenue. Los de lengua francesa ignoran casi todo lo que se escribe hoy en lengua corsa, en gran parte por falta de traducción. Sólo gracias a traducciones francesas muy recientes, un poeta como *Lovichì* pudo descubrir la poesía corsa contemporánea. De la misma forma los poetas de lengua corsa no tienen el acceso que se podría imaginar a la creación en lengua francesa, excepto *Fusina* y *Thiers* – *Fusina* porque los veinte años transcurridos en París le permitieron frecuentar los círculos literarios parisienses, *Thiers* por desarrollar una estrategia de difusión de la literatura corsa y de intercambios continua. Tras poseer una sólida cultura general y un conocimiento escolar y universitario de los clásicos, sólo están al día de la creación contemporánea de manera accidental. Se debe a su alejamiento de la capital, paso obligado de la creación literaria en un país hipercentralizado, y a la escasa difusión de la poesía en general, que





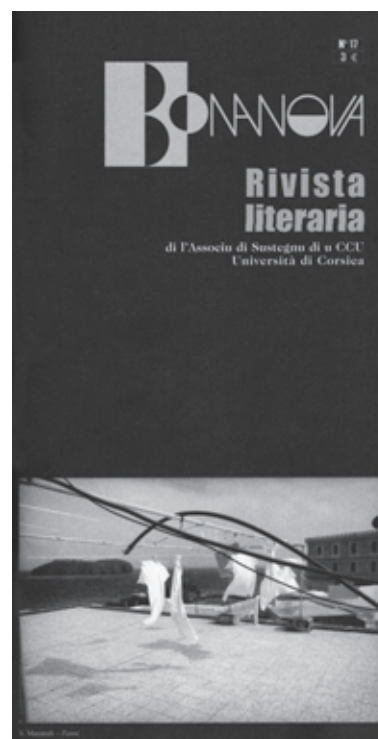
encima llega muy poco a las librerías de provincia, *a fortiori* de Córcega, demasiado alejada como para que la soliciten.

Última diferencia, no privada de significado: la producción media de los autores de lengua francesa gira alrededor de una quincena de publicaciones, mientras que la de los corsos de nuestra selección, por cierto un poco más joven, ha publicado un promedio de dos a tres poemarios, lo cual no dice nada, obviamente, del valor literario de las obras contempladas – a pesar de la primacía de la poesía, generalmente definida como una de las señas de identidad de las *pequeñas literaturas*. Por otra parte, cabe subrayar el hecho de que hoy en día ya no se puede alegrar cualquier dificultad de publicación, en un contexto insular de fuerte incentivo a la creación y con una crítica dispuesta a animar a los autores, y que los otros poetas que no forman parte de nuestra selección no son más prolijos. Esta diferencia se explica esencialmente por la fuerte movilización de los escritores corsos en la pedagogía y la investigación, quienes, trabajando al mismo tiempo en la construcción de una obra personal, asumieron la vida literaria (creación en distintos géneros literarios, trabajos editoriales, crítica, traducción, etc.) y la elaboración de la lengua (métodos, manuales, diccionarios, gramáticas, etc.), llevando a cabo al mismo tiempo tareas de enseñanza. En cuanto a *Patrizia Gattaceca*, asume en paralelo tareas pedagógicas y una carrera exigente de cantautora. No se conoce aún, en lengua corsa, a ningún escritor relevante, dedicado exclusivamente a la literatura, ni siquiera a *Rinatu Coti*, el novelista y dramaturgo más prolijo de la isla. Todo el edificio se basa pues en la implicación y la fuerza de trabajo de algunas decenas de personas multidisciplinares, en su dedicación de cada momento, que se han dado como misión preparar a las generaciones futuras, alumnos y estudiantes, garantizar el relevo, cuando los poetas de una gran lengua tienen toda la libertad para dedicarse únicamente a profundizar en su obra.

¿Afectan a la creación poética estas diferencias, circunstanciales, históricas? ¿Debería sospecharse en los autores de lengua corsa, más allá de la necesidad interior que funda toda escritura verdadera, la necesidad de demostrar la aptitud de su lengua a la literatura? Ya no se trata de eso hoy, los escritores de lengua corsa ya no necesitan probar la capacidad de su lengua para decir todo lo real y la modernidad. Aunque escribir en corso sigue siendo una elección no libre de cualquier militancia, estos poemas dicen por sí mismos que surgieron de una necesidad interior, de una conciencia poética, es decir, creativa y lingüística individual, que es lo más universal que tiene que ofrecer. Además, al profundizar una forma de ser en el mundo peculiar, la palabra parece alcanzar con más eficacia lo universal. La cuestión que plantea este número corso es precisamente ésta: más allá de las lenguas, cuya elección siempre fue influida por circunstancias culturales, biográficas o históricas – en el siglo XVIII el latín para *Nobili-Savelli*, en el XIX el italiano para *Salvatore Viale*, hoy el corso o el francés para *Fusina* o *Lovichì* –, ¿existen rasgos corsos en poesía? Además tratándose de los de lengua francesa ¿existe una corsitud de la poesía de *Lovichì*, de la misma forma que se encuentran en el Luxemburgués de lengua francesa Jean Portante una italianidad, una Rusia soñada que impregna toda la obra de Henri Troyat, o en Seyhmus Dagtekin ecos del kurdistán. Sin llegar a considerar a nuestros poetas de lengua francesa como escritores fran-

cófonos, lo que supondría un tratamiento de la lengua distinto de la de los otros autores franceses, el justificar la incorporación de estas diez voces en un mismo número sólo por orígenes comunes, sería artificial y arbitrario de no poder nombrar el lugar donde estas voces fraternizan, se encuentran, intercambian y se responden de modo singular.

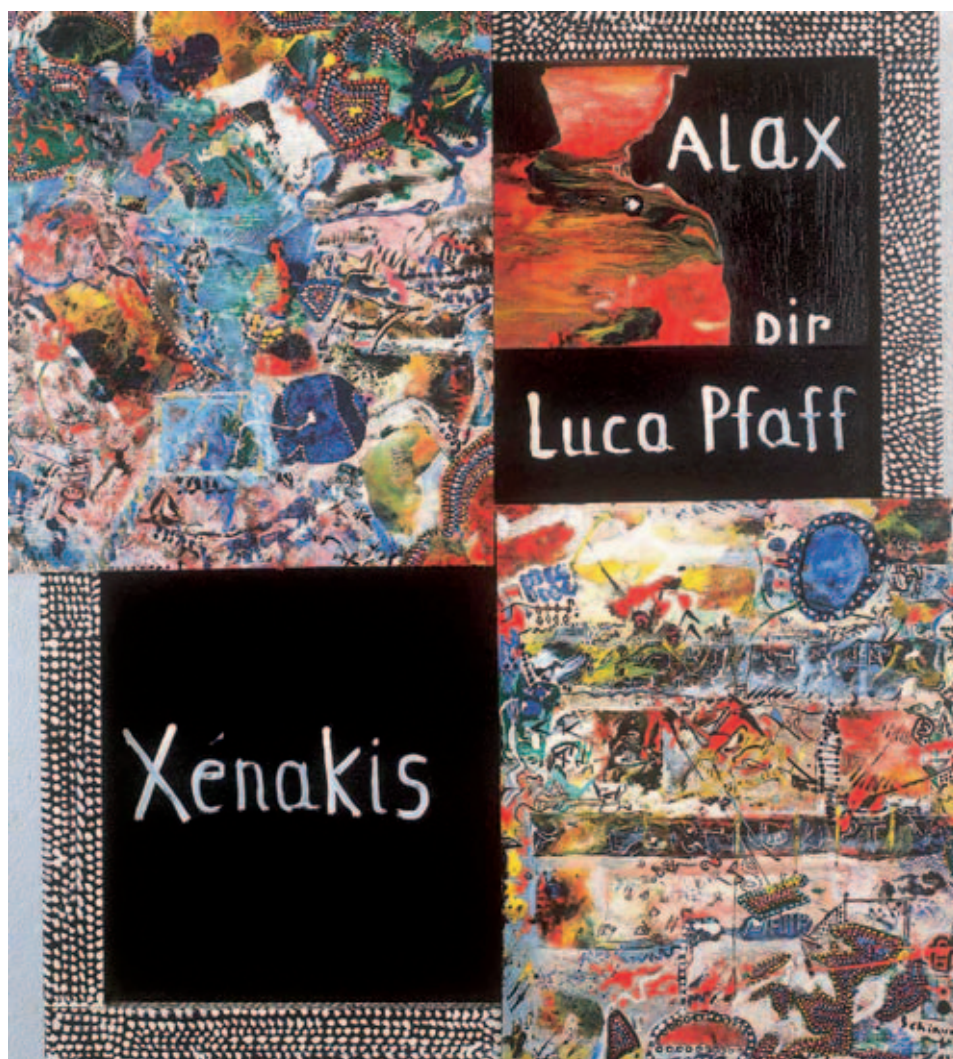
No podemos definir la poesía de los corsos sin remitirla a la realidad mediterránea de la que se nutre, por idealizada fuera. Su universalidad radica en algunos tópicos que comparten los pueblos que viven en sus costas rocosas. En ella dos infinitos se entrecruzan: el espacio, ya sea la mar para el que vuelve los ojos hacia el horizonte, ya sea el monte cuyas cimas se destacan en el cielo puro, a menudo barrido por los vientos, y el tiempo que vincula al individuo con una historia de la que el mito todavía no ha sido totalmente expulsado. Evidentemente, Córcega no es más insular que Creta, Chipre, Sicilia y Creta, no más mediterránea que España o Líbano. Albert Camus hubiera podido escribir el magnífico canto mediterráneo que son sus *Bodas en Tipasa* en Córcega, y de la misma forma *Ghjacumu Thiers* contemplaría igual la isla de Elba, que se perfila en sus poemas, desde la vecina Toscana. En nuestra isla la naturaleza impone, las ciudades son de tamaño humano, los lazos de sangre estrechos y al final pocas cosas nos separan de los demás mediterráneos, sobre todo isleños. ¿Se puede encontrar en otra parte con la misma violencia ese amor apasionado de los hombres a su tierra? Sin duda alguna. No obstante, Córcega parece ser de algún modo un concentrado de mediterraneidad que pocas veces se da en otros parajes, un lugar en el que se afirman quizá con una intensidad excepcional las características que encontramos en la literatura épica de los griegos, ampliados por el énfasis poético, como de las églogas de Virgilio o Teócrito. De ahí la permanencia en nuestra poesía del sentimiento de nuestra eternidad que aflora a la vuelta de cada poema de *Sebasti*, sensible al “estruendo de los siglos que no cesaban sin embargo / de subir y bajar / a pesar del peso / de sus cargas / de sus felicidades.” De ahí también la necesidad del viaje. Si la isla nutre el imaginario de nuestros poetas, cabe destacar la constancia del tema de la distanciamiento. Cada uno de los poetas de nuestra selección vivió la experiencia del exilio de forma fugaz o radical, el de sus padres para *Migozzi* o *Lovichì*, o un alejamiento de algunos años para *Thiers* o *Fusina*. Hasta *Gattaceca*, quien se fue al continente para cursar estudios superiores y volvió casi de inmediato a la isla conoce la sensación irrepitable de la separación, que alimenta este vínculo indisoluble con la tierra. Por lo tanto, el mar no es una pared, sino un puente en el que viaja la imaginación. Como ejemplo clave en el que se anudan inmovilidad y movimiento, la palabra *mirezi*, que se refiere a este momento muy especial del inicio la tarde, en el que el sol está en su cenit, hora cálida en la que las bestias detienen su enramia y se paran a tomar la fresca bajo un olivo o una higuera. Para calificar tal instante de eternidad, *Thiers* utiliza a menudo el verbo *stantarà*, de *stantara*, el menhir neolítico de nuestra isla. Aunque en *Giovannoni*, como en *Lavezzi*, los referentes se den sólo por aludidos – pues no se trata para ellos de izar una bandera y nombrar los lugares –, la referencia a la tierra granítica, al monte, se opera en el relato de la ascensión al pueblo en la ladera del monte. Así se construye el poema, el mismo esfuerzo y ascensión hacia un *ascesis*, convertida en metáfora de la experiencia humana. De vez en cuando *Migozzi*, como *Lovichì*, invita a la len-





gua corsa en su francés, nombrando los lugares, los pueblos, convirtiendo el poema se vuelve *lamentu* y áspera añoranza, mientras que *Ottavi* en un poema titulado “Mi lengua” dice así: “Grieta de mi infancia / ¿cuántas veces / intenté / engatusarte? / Tú, mi lengua, / mi carne de gallina, / pero si supieras / hoy / cuánto me picas...”

En cambio, no nos valen los tópicos que solemos leer sobre la isla-madre, la isla-matriz, la isla-prisión. La experiencia poética dice más bien la extensión, contempla incluso la isla desde el mar en *Di Meglio*, o se observa en espejo en la isla de enfrente, en *Thiers*, se multiplica en *Gattaceca* «el día dice las islas» de los otros. En nuestra poesía, más allá de las lenguas, dialogan los poetas herederos del *chjama è rispondi*, de nuestros *bertsulari*, convirtiéndola al igual que nuestro mar, en una tierra arable, surcable, nunca una pared, en la línea del “Cementerio marino” de Paul Valéry en busca del equilibrio de mediodía.





*Zuhaitzaren
fruitua*

*Un árbol
con frutos*



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia